

Imaginemos un viajero que recorre Andalucía, digamos que se detiene en Granada. La fascinación de un pasado islámico en su singular monumento de la Alambra y en el barrio del Albayzin, donde parece contenerse otros pueblos andaluces, se considera en su memoria; máxicas estructuras horadadas por pequeñas ventanas; oscuros huecos de laberínticas callejas y frondosos jardines cerrados entre muros; luz cegadora de la mañana y mágico espectro nocturno.

Estas o similares imágenes que estimulan al paseante encienden la sensibilidad del pintor. Granada siempre ha sido lugar de artistas o para artistas. Desde hace unos años, Carmelo Trenado, de origen levantino, ha hecho de esta ciudad el escenario de su mirada plástica. Pasea en solitario, como exige casi ritualmente Granada y, aislado después en su estudio, elabora las impresiones retenidas en un lenguaje muy personal, siguiendo las pautas del quehacer artístico, marcadas desde hace un siglo por quienes tenían verdadero sentido de la modernidad.

Lenguaje plástico puro, si, donde la visión de la realidad se compensa en masas de un color vivo – mayor aun en los dibujos- agitados por los signos, fugaces unas veces, enérgicos otras, en os que emergen breves referencias arquitectónicas. Son ellas los símbolos de este paisaje urbano, noble y popular a la vez, pero sumidos siempre en los grandes planos de color, verdaderos embriones geométricos de todas la construcción plástica, y como una constante se rastrea a lo largo de la carrera artística de Trenado.

Esta solidez, testimonio de la vocación creativa del pintor, nos arrastra a compartir con nuestra mirada su inquietud, y digo compartir más que analizar, porque en su rigor se encuentra siempre una emoción lírica que alude a esas mil impresiones, vividas ya o descubiertas ahora, entre el paseo real y éste, imaginario

*Pedro Galera*